

GRADY HENDRIX



Brujería
para chicas
descarriadas

minotauro

**GRADY
HENDRIX**

Brujería
para chicas
descarriadas

minotauro

Brujería para chicas descarriadas

Witchcraft for Wayward Girls © 2025, Grady Hendrix
Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con JABberwocky Literary Agency, Inc. a través de International Editors & Yáñez Co' S. L.

Traducción: ©Simon Saito, 2025
Adaptación de cubierta: Book&Look
Revisión: Balloon Comunicación
Diseño: Laura K. Corless

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-2095-1
Depósito legal: B. 10.594-2025
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra *newsletter* en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Capítulo 1

Ya creía que las cosas no podían empeorar, cuando vio el letrero. «Bienvenidos a Florida. El Estado del Sol».

Sabía que no debía preguntar. Sabía que estaba encima de un charco de gasolina y que cualquier palabra que saliera de su boca sería una cerilla encendida que caería de sus labios. Sabía que su padre la odiaba. Pero ese letrero hizo que se le cerrara tanto la garganta que no podía respirar, y su estómago hinchado le presionaba los pulmones con tanta fuerza que era incapaz de introducir el aire necesario y se asfixiaría si no decía algo.

—Papá —dijo—, ¿qué hacemos en Florida?—. Las manos de su padre apretaron el volante hasta que crujió, pero no despegó los ojos de la carretera—. Huntsville está en el sentido opuesto —añadió intentando no perder la calma.

Llevaban horas en el coche y en todo ese tiempo su padre no la había mirado ni una vez. Se había presentado esa mañana en casa de la tía Peggy tan fuera de sí que le temblaban las manos mientras recogía la ropa de su hija, la metía en la maleta y luego la cerraba de golpe. El tirante de un sujetador se había quedado fuera, pero a ella no le pareció inteligente decírselo.

«En una niña, ser inteligente no es lo más inteligente», le repetía continuamente su madre.

Así que decidió hacerse muy pequeñita. Durante horas fue asombrosamente pequeña. Pero ellos no conocían a nadie en Florida. No tenían familia allí. Lo que su padre estaba haciendo era un secuestro, a menos que le dijera adónde iban. Tenía la

obligación de decirle adónde se dirigían. De manera que recurrió a lo único que sabía que tendería un puente con él.

—He visto el tráiler de la secuela de *El planeta de los simios* —dijo, porque sabía que le encantaba la ciencia ficción—. Va de una guerra nuclear. Me juego lo que quieras a que la pifian con los cohetes.

—¡Maldita sea, Neva! —explotó su padre—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Le has costado la salud a tu madre! Solo Dios sabe cómo lo estarán sufriendo tu hermano y tu hermana, y ahora has manchado el buen nombre de la tía Peggy. Yo ya no te conozco. ¡Ojalá nunca hubieras nacido!

—¿Adónde me llevas? —gritó aterrada.

—¡Te llevo adonde me da la gana! —respondió también gritando su padre.

—¿Qué está pasando, papá? —preguntó. Estaba tan asustada que no podía evitarlo—. ¿Qué hacemos en Florida?

Su padre se revolvió en el asiento, ajustó las manos en el volante y habló al parabrisas como si este tuviera que comprender que lo hacía por su propio bien.

—Hemos encontrado un sitio para que te quedes —explicó al parabrisas—. Con otras chicas en tu estado. Cuando te pongas bien, vendré a buscarte y podremos olvidarnos de todo esto.

El horror de su situación la golpeó de lleno.

—¿Vais a meterme en una casa de acogida?

Los titulares de las revistas de confesiones pasaron a toda velocidad por su cabeza: «¡Adolescente caída en desgracia abandonada para que se pudra en la Casa de la Vergüenza!». «Las chicas buenas dicen "no". Las chicas malas "¡ven aquí!"». «¡Entregaron su cuerpo y su sangre!». Margaret Roach les había hablado sobre las casas de acogida durante los ensayos de *Arsénico por compasión*. Las llevaban monjas que pegaban a las chicas, las obligaban a trabajar en lavanderías industriales y vendían sus bebés. Margaret Roach era católica, así que ella debía saberlo bien. Las casas de acogida eran para chicas pobres, indecentes, fáciles. Para putas.

—No puedes hacer esto, papá —suplicó, porque su padre tenía que entrar en razón. Tenía que dar media vuelta. Tenía que haber otra solución—. Por favor, por favor, por favor, llévame a casa, o con la abuela Craven, o habla otra vez con la tía

Peggy. Te prometo que me quedaré en mi cuarto y no haré ruido. Pasaré la aspiradora, lavaré los platos y haré todo lo que me pida. Pero no puedes llevarme a una casa de acogida. No son para gente como nosotros. ¡Son para católicos!

Su padre le lanzó una mirada fugaz y en ese breve instante se dio cuenta de cuánto la odiaba.

—Lo has estropeado todo —dijo con voz fría y apagada. Era una simple exposición de los hechos.

Tenía razón. Lo había estropeado todo. Su madre siempre le había dicho que iba a estropear las notas del instituto por pasar tanto tiempo con el grupo de teatro, que iba a estropearse la vista por leer a oscuras, que iba a estropear su reputación por ir en coche con chicos, que iba a estropear su figura por repetir postre. Ella hacía todo eso de todas maneras y nunca pasaba nada malo, pero estaba vez finalmente sí había pasado. Finalmente había hecho algo tan malo que nada volvería a ser igual. Ahora por fin había estropeado su vida.

La enviaban a una casa de acogida.

No era una de esas timoratas que se ponían a llorar al oír el menor ruido, pero no pudo evitarlo, pues últimamente su cuerpo hacía lo que le daba la gana, así que pegó la cabeza al vidrio caliente de la ventanilla y rompió a llorar a lágrima viva, con sollozos feos e incontenibles.

Su padre encendió la radio.

—... *Hermano, no estás preparado para el infierno. Te pensabas que la vida era una gran fiesta del pecado y que te saldría gratis, pero ahora que ardes en el pozo te das cuenta de lo equivocado que estabas. Levanta la cabeza y pide ayuda, pero, dime, ¿qué ayuda esperas encontrar en el infierno?...*

Florida era el infierno. En Alabama había colinas, y árboles, y lagos, pero Florida era un interminable tablero completamente plano donde no se podía escapar del sol, que caía a plomo sobre la autopista, cocía el techo de la ranchera y por su culpa el sudor se deslizaba por su vientre, cada vez más abultado, se le metía por debajo de la faja de goma y le encharcaba el trasero.

Su padre toqueteó el sintonizador de la radio y la reconfortante voz del narrador de un partido de béisbol surgió del ruido de interferencias.

—... se prepara y ahí va el lanzamiento. Es una bola rápida dirigida al vértice exterior. Y es bola. Ty le permite avanzar hasta la primera base. Es la primera vez que concede una base por bolas y...

Dejó de llorar en algún lugar de Tallahassee. Casi de inmediato, su padre paró en un Burger King y la dejó dentro del coche. Se le habían hinchado los pies y le dolían los riñones de estar tanto tiempo sentada, pero era incapaz de reunir las fuerzas necesarias para salir del vehículo y caminar un poco. Cada vez que paraban en una estación de servicio, la gente al principio sonreía al ver su barriga prominente, pero luego se fijaban en que no llevaba un anillo de casada y miraban a otro lado negando con la cabeza, o la miraban por encima del hombro, como si fuera un animal del zoo.

¿No era eso lo que todo el mundo había comentado sobre Donna Havermeyer el año anterior? Que lo único que había hecho era meterse un montón de kilos y perderse la graduación, y de repente todas las chicas comenzaron a chismorrear que se había quedado preñada de un oficial del arsenal, y después Racee Tucker soltó aquello de que qué se podía esperar cuando en su familia eran todos unos paletos de Arkansas, y ella también se rio entonces; y ahora ahí estaba, segura de que eso mismo era lo que pensaban todas esas personas que la miraban cuando paraban para descansar: «Fíjate en esa paleta de Alabama».

Su padre volvió y le dio una minúscula hamburguesa con queso que sacó de la bolsa. Él se había comprado una *whopper* completa. Cuando iban a Sno-White siempre se comía una hamburguesa solo con queso porque era actriz y le preocupaba su figura, pero ya no tenía una figura de la que preocuparse. Ahora llevaba puestos los viejos náuticos de su madre porque eran los únicos zapatos en los que cabían sus pies hinchados y su viejo vestido de premamá, y tenía dos barbillas, ambas llenas de granos, y el día anterior sus pechos habían hecho saltar un botón del vestido. Intentó comerse la hamburguesa con queso como una señorita fina para que le durara más, pero desapareció en tres bocados.

Viajaron a través de Florida durante horas y el estado nunca se acababa. Se cruzaron con una valla publicitaria de Gatorland («Verá toda clase de animales»), luego con una de Fountain of Youth («¡Bellas damas le servirán la famosa agua!»), luego con más caimanes («¡Verá montones de caimanes!»). Encima de ellos, los buitres negros volaban en círculo en un implacable cielo azul.

Las interferencias se tragaron el partido de béisbol y un abuelito muy alegre dijo:

—... *manifestaciones en numerosos campus universitarios del país, la mayoría, de protesta por la intervención de Estados Unidos en Camboya...*

La radio crepitó, y a continuación:

—... *es uno de once con el bate esta temporada. Su promedio de bateo es punto cero nueve cero. El lanzador apoya el pie en el suelo y es un lanzamiento a la esquina exterior, una bola rápida. Y...*

Ella había hecho todo lo posible para arreglarlo. Había salido a comprar Humphreys11, pero no lo encontró en ningún lado, así que adquirió una botella de aceite de ricino y se la bebió entera, pero solo le provocó diarrea. Había bajado al sótano y saltado desde la mesa de trabajo de su padre una y otra vez hasta que le fallaron las piernas. Había levantado el diccionario por encima de la cabeza hasta que se le acalambraron los brazos. Incluso había bebido trementina, pero se puso a vomitar después de ingerir el primer tapón. Había cerrado los ojos al cruzar la calle y rezado para que la atropellara un coche, pero entonces pensó que probablemente le harían una autopsia y todo el mundo se enteraría.

Daba igual lo que hiciera, su barriga siguió creciendo como si quisiera que todo el mundo supiera lo estúpida que era. Todos encontraban la manera de hacer que se sintiera estúpida. Aquella segunda noche en casa de la tía Peggy, después de cenar, todos le dijeron que podía preguntar cualquier cosa, y ella preguntó cómo tapaban la cicatriz después de sacar el bebé, y su tío Albert se había desternillado de la risa y le había respondido que salía por el mismo sitio por el que había entrado.

—Pero... —había dicho Neva, porque tenía que haber una respuesta más científica que esa— ¡si no cabe!

—Ya está bien de hablar de este tema —había intervenido su tía Peggy, y dejó que se levantara de la mesa.

Nadie iba a explicarle nada. En el instituto les habían puesto películas sobre la madurez emocional, y sobre seguridad en caso de incendio, y sobre cómo llevarse bien con los compañeros, pero nadie les había puesto nunca una película sobre partos.

Otra explosión de interferencias en la radio la golpeó en la vejiga y se dio cuenta de que necesitaba ir al baño de nuevo. No, no, no, no, no. No podía pedir a su padre que parara justo ahora, cuando por fin había dejado de gritarle. Apretó todo lo que había dentro de ella con todas sus fuerzas.

—... los soldados de la guardia nacional intervinieron después de que los estudiantes destrizaran ventanas y provocaran incendios en los campus y en los alrededores...

En el norte había soldados disparando a estudiantes y chavales destrizando sus propios institutos. Los Weathermen estaban haciendo saltar por los aires edificios en la ciudad de Nueva York y su padre creía que iba a perder el trabajo porque el Apolo 13 había explotado en el espacio. En California había unos pirados que entraban en las casas para matar a sus moradores y disparaban a las personas dentro del coche. Todo estaba fuera de control. Hasta su cuerpo se había rebelado.

—... ¡Cuidado, majadero! ¡Lawn Ranger ya está aquí! ¡Lawn Ranger ha llegado para salvarte del césped amarillento, de los arbustos marchitos y de los parterres secos!

El sonido del sistema de riego automático de Lawn Ranger roció los oídos de Neva desde los altavoces. Iba a estallarle la vejiga.

—¿Papá? —se arriesgó.

Él no le hizo caso. Un estallido de interferencias.

—... levanta los ojos y suplica agua, solo una gota, solo un hilito sobre los labios resecaos, y has de saber que en el cielo hay una fuente...

Ella lo había llevado a la fuente el día de San Valentín.

Había ido con Guy a la tienda para comprar una chocolatina Clark. Él siempre necesitaba azúcar mientras estudiaba, y a la vuelta ella había insistido en que atravesaran el parque y lo había obligado a sentarse cerca de la fuente.

—¿A qué vienen todas estas bobadas? —preguntó él sonriendo.

Y entonces la besó. Últimamente le habían crecido los pechos y sabía que eso le gustaba a Guy, así que se inclinó sobre él y se besuquearon un rato, y entonces él dijo:

—Mi padre me ha dejado el coche esta noche.

Debería haber sido perfecto. Era la primera vez que tenía un novio formal en el Día de los Enamorados, a pesar de que no le cogiera la mano en el instituto ni le hubiera regalado su insignia con la letra inicial ni se sentara con ella en el comedor, pero sabía que eso era porque él tenía diecisiete años y ella quince, y no quería que le tomaran el pelo.

El último año había sido perfecto, y cuando el mundo empezó a dar miedo al final del verano, Guy le prometió que la protegería. Siempre. Ella iba a sus partidos de fútbol y fueron juntos al autocine a ver 2001 y estuvieron casi todo el rato besándose, y durante las celebraciones del amerizaje del Apolo 11 en Courthouse Square él le cogió la mano y ella tuvo la sensación de que una burbuja llamada Siempre los protegía. Así que se lo contó, justo allí, al lado de la fuente.

Sabía que al principio se asustaría, pero también que una vez pasada la sorpresa inicial le apretaría la mano y diría: «¿Qué hacemos, Nev?». O tal vez: «¿Crees que somos demasiado jóvenes para casarnos?». O que quizá la rodearía con el brazo y le diría que lo superarían juntos. Sin embargo, Guy se apartó de ella y se quedó mirando fijamente la fuente.

Ahora su padre miraba fijamente la carretera. La ranchera dio una sacudida al pasar por encima de un animal muerto y unos rayos recorrieron su vejiga. Una cascada resonó dentro del coche.

—... vacaciones tropicales en Hawái, relájese con el sonido de las cascadas, contemple cómo se pone el sol detrás de las olas, refrésquese en nuestras tres piscinas...

Finalmente, Guy se volvió a ella, con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo:

—¿Cómo has podido hacerme esto?

Luego se puso en pie y se marchó.

Después de eso, ella siempre tenía miedo: miedo de que Guy se lo contara a sus padres, miedo de que sus propios padres lo descubrieran, miedo de que Hilda se lo imaginara,

miedo de que Deb ya se lo hubiera imaginado y que por eso no le hablaba.

El corazón dejó de latirle con normalidad y palpitaba muy débilmente dentro de su pecho. No podía comer, pero su cuerpo la traicionaba y de repente se encontraba delante del frigorífico en mitad de la noche, cogiendo a dos manos el fiambre que había sobrado y rebañando con los dedos el glaseado de la tarta. Empezó a vomitar todas las mañanas antes de ir al instituto, abrazándose patéticamente al inodoro y con una toalla enrollada en la cabeza para que nadie la oyera.

La barriga siguió creciéndole, incluso poniéndose dos fajas. Ensanchó la cintura de la falda a cuadros hasta que ya no dio más de sí, y luego empezó a usar imperdibles. Y cuando estos ya no le sirvieron, buscó un enorme alfiler para faldas. En Navidad le regalaron un poncho a cuadros rojo y no se lo quitaba nunca. Cuando la gente le decía que estaban a veinte grados, ella les respondía que quería adelgazar. Comenzó a salirle pelo en la cara, como a Michael Landon en *Yo fui un hombre lobo adolescente*, y dejó la obra de teatro del instituto porque ¿cómo iba a salir así al escenario? Empezó a hacer novillos; se escapaba, compraba una entrada para la sesión matinal del cine y permanecía sentada en la butaca viendo una y otra vez la misma película, y cuando el revisor se paseaba por la sala con la linterna se escondía en el baño.

La descubrieron, claro. Había tenido que ir al instituto para la presentación de biología («Los fósiles de Alabama») y, cuando se desmayó en el baño, Hilda la llevó a la enfermería, donde la enfermera la examinó, echó a Hilda de la consulta, cerró la puerta con llave y le dijo: «Si no se lo dices tú a tus padres, se lo diré yo».

Esa noche, por una vez su padre cenó en casa. Después de cenar, ella esperó a que Chip y Midge se pusieran a ver la tele, pidió a sus padres que volvieran a sentarse a la mesa, les contó con calma lo que había pasado y les dijo que pensaba que no había razón para que cambiara nada. Podrían decir al colegio que tenía mono. Podría seguir estudiando en casa. No saldría nunca a la calle. Cuando el bebé naciera, lo llevarían directamente al orfanato.

Aquella noche enviaron a Chip y a Midge a casa de la abuela Craven, como si quisieran evitar que ella las contaminara. Por supuesto, llamaron a los padres de Guy. Por supuesto, se reunieron todos para decidir lo que debía hacerse. Por supuesto, a ella no le permitieron asistir a la reunión.

Sintió que perdía el control sobre su vejiga. Empezaba a tratarse de un asunto de vida o muerte.

—¿Papá? —Su voz sonó demasiado fuerte dentro del coche—. ¿Sería posible parar un momento? ¿En una gasolinera o donde sea?

Su padre mantuvo la vista fija al frente y ella tenía demasiado miedo para insistir.

—... *lo que va al infierno se queda en el infierno. Es permanente. Es el final. Se ha dictado sentencia. Y permíteme que te diga una cosa, hermano: en el infierno no existe el perdón, no hay segundas oportunidades...*

La enviaron a Montgomery con la tía Peggy. Al principio todo fue bien. Tenía que esconderse en la habitación del fondo y no hacer ruido cuando vinieran visitas, no podía llamar a casa y lo único que le dejaban leer eran las revistas del tío Arthur. Pero era soportable. Entonces los días se le empezaron a hacer cada vez más largos, no había llevado libros porque le había parecido frívolo meterlos en la maleta y se pasaba las horas sentada en aquel sofá cama desvencijado de su cuarto mirando la pared para relajarse.

La tía Peggy no la dejaba salir de casa, ni siquiera a la biblioteca, así que se escapó para ir a comprar unos cuantos libros de bolsillo. No tenía dinero, pero sí tenía mucho espacio debajo del poncho. ¿Cómo iba a saber ella que la tía Peggy registraría su habitación mientras se bañaba? Su madre siempre decía que tenía el demonio dentro, y ella sabía que debía aprender a controlar sus impulsos, pero la tía Peggy podría haberle prestado el dinero para que pagara los libros. No había razón para que llamara a su padre.

No pudo evitarlo. Su cuerpo la traicionaba.

—Papá —dijo lloriqueando como una niña pequeña. Odiaba cuando se ponía así—, de verdad que tengo que ir al baño; si no voy, tendré un accidente.

Todo siguió igual. Y entonces su padre aceleró. Delante había una gasolinera con un puesto de venta de recuerdos. Detuvo el coche en el aparcamiento y apagó el motor. El interior de la ranchera se convirtió inmediatamente en un horno. Fuera, las familias de vacaciones, vestidas con bermudas a cuadros y camisetas hawaianas, iban y venían de la gasolinera al puesto de venta de recuerdos y a los coches.

Ella agarró la manilla de la puerta y su padre le sujetó el brazo.
—Toma.

Echó un vistazo para asegurarse de que nadie los miraba, se metió el dedo anular entero en la boca, lo embadurnó de saliva y se sacó el anillo de casado. Se lo tendió a su hija, caliente y húmedo, y ella se lo puso en el dedo anular, abrió la puerta y salió del coche.

Enfiló hacia la gasolinera con las piernas hinchadas. El sol de Florida le asaba el cogote y el asfalto caliente le quemaba las plantas de los pies. Una mujer con gafas de sol le sonrió al ver su vientre de embarazada. Ella levantó la mano izquierda y la apoyó cerca de la barriga para que todo el mundo viera el anillo en su dedo, pero tenía quince años y estaba embarazada de seis meses, y no había ninguna duda de lo que la gente en realidad pensaba de ella. Su padre se lo había dejado claro.

Habría sido mejor que estuviera muerta.